

La modernidad electiva en Mariátegui

Elective Modernity in Mariategui

José SAZBÓN

Universidad de Buenos Aires/CONICET, Argentina.

RESUMEN

La originalidad de Mariátegui como político y pensador socialista ha sido estudiada desde diversas perspectivas. En este trabajo, la atención está centrada en su explícita vocación de “modernidad”, entendida como exigencia de integración del marxismo a las aperturas del pensamiento contemporáneo: filosofía, ciencias y artes, pero también renovada sensibilidad para las intuiciones vitales suscitadas por las convulsiones sociales y políticas de las primeras décadas del siglo. Luego de indicar la significación que revistió para Mariátegui el aporte soreliano -y su coordinación con las opciones indicadas-, se concede importancia a los recursos expresivos de la prosa mariateguiana, inusuales y encomiables.

Palabras clave: Mariátegui, marxismo, sorelismo, modernidad.

ABSTRACT

The originality of Mariategui as a socialist, politician and thinker has been studied from a variety of angles. In this paper we center our attention on his explicit evocation of “modernity”, understood as the need to integrate Marxism in the initial stages of contemporary thought: philosophy, science and art, and also a renewed sensitivity as to the vital intuitions which arose from social and political convulsions in the first decades of the century. After indicating the significance of Sorel’s contribution, and his coordination with the indicated options, the importance of the expressive resources of Mariategui’s unusual and worthy prose is conceded.

Key words: Mariategui, marxism, sorelism, modernity.

I

Ni filósofo ni universitario, Mariátegui -a primera vista- no parece ser el tipo de autor que justifique el esfuerzo de la exégesis y, menos aún, la preocupación por establecer los contornos de una “problemática” o el filo de la *coupure* que hiende una obra. Crítico literario, periodista político, orador y ensayista, organizador cultural, dirigente de un partido: estas iniciativas (que resumen su vida pública) se inscriben en diversas -a veces, integradas- áreas de actividad ajenas a la edificación sistemática de un corpus filosófico o científico. ¿Por qué, entonces, someter los textos de coyuntura a una lectura crítica que ordene contenidos y agrupe afinidades, de modo de volver inteligibles los conceptos en el marco de una filosofía? La respuesta es doble: 1) la ensayística de Mariátegui importa como estación americana de un marxismo hasta entonces sólo aclimatado en el europeo suelo originario; 2) en la perspectiva de una historia de las ideas, esa obra interesa por la insularidad de su opción en el contexto de las orientaciones marxistas de la época. En el marco del segundo de esos aspectos, sólo nos referiremos en este trabajo a la actitud básica que sostiene el empeño de Mariátegui: la declarada vocación “modernista” de su síntesis filosófica.

En 1929 (un año antes de su muerte), Mariátegui creyó necesario defender su aplicación del método marxista en los *Siete ensayos*, enmarcando esa reivindicación en la oposición a una ortodoxia que desestimaba el “aporte soreliano”. Su propia concepción -argumentó-, al tener en cuenta las “grandes adquisiciones” filosóficas y científicas contemporáneas, se adecuaba mejor al “verdadero moderno marxismo” (IP: 16)¹. En este pasaje -tomado de una reseña autobiográfica-, la única especificación de los logros del pensamiento moderno está referida a las ideas de George Sorel. Ciertamente, la afirmación es una réplica a los impugnadores de ese “aporte” y no un panorama de conjunto; pero algo parecido a esto último figura en el apartado final que -hacia los mismos meses de 1929- cierra la crónica “Veinticinco años de sucesos extranjeros” (HC: 197-202). Aquí, Sorel aparece flanqueado por Bergson, Freud y Einstein, pero, en tanto las contribuciones de los dos últimos son puntuales, sólo Bergson acompaña a Sorel como orientador de un gran cambio de mentalidad. El filósofo francés “ha concurrido como ningún otro...a la muerte del antiguo absoluto” y por eso su filosofía marca un hito en “la trayectoria del pensamiento moderno”. En cuanto a la contribución de Sorel (deudora, a su vez, de las aperturas bergsonianas) se ejerce en un campo que Mariátegui designa como “filosofía política”: es el rechazo del evolucionismo burgués y socialista. Pero esta misma contribución queda relativizada en otros textos del momento: la significación mayor de Sorel reside, después de todo, en la continuidad-superación de Marx (DM: 20-21), en la modernización del marxismo, que es, en definitiva, el polémico reclamo de Mariátegui en los años veinte.

II

Para una apreciación contextual del carácter “moderno” que debe asumir el marxismo en la perspectiva de Mariátegui, hay que recordar que ese atributo (y su problemática conexas: “pasadismo” vs. vanguardismo, arte decadente vs. arte revolucionario, etc.) inviste una serie de tópicos culturales que movilizaron tempranamente al ensayista peruano. Pocos socialistas de la época siguieron con tanto interés, no sólo la produc-

1 Las referencias bibliográficas figuran al final del texto.

ción artística y literaria del momento, sino también sus fundamentaciones de tendencia: futurismo, ultraísmo, expresionismo, cubismo, surrealismo, etc. Desde su juventud, el propio Mariátegui estuvo envuelto, como poeta y escritor, en el clima exaltante del modernismo limeño. Más tarde, tomaría distancia de esos fervores (el “colonidismo”), en la misma medida en que se afirmaba en él una visión crítica de los contenidos sociales y políticos de las orientaciones estéticas.

Hacia los años 1918-19, tanto la efervescencia social en Perú como la repercusión de algunos procesos de otros países (Reforma Universitaria de Córdoba, revolución mexicana, revolución rusa, “crisis mundial”) marcarían una modificación de las actitudes. En adelante, corrientes, escuelas y creadores serían sometidos a un agudo escrutinio para precisar los límites clasistas de algunas vanguardias, así como las aperturas de otras. A partir de la experiencia-política, intelectual y afectiva- italiana, Mariátegui comienza a transitar lo que él llama “las estaciones de mi orientación socialista” (SE: 2). Es durante este recorrido cuando presentará -en aquellas dimensiones que lo preocupan: desde el clima espiritual de la época hasta la singularidad de la filosofía marxista- sus versiones de la modernidad.

En el plano más abarcador, la modernidad, entendida por Mariátegui como “nueva intuición de la vida” propia de una “nueva humanidad” (AM: 17) es, en sí misma, una unidad escindida: sus determinaciones poseen una doble valencia cuyas posibilidades de encarnarse en instituciones y procesos concretos responde a la dirección dual que adopta el impulso histórico. Para comprender esta apertura, hay que tomar en consideración la contraposición que actúa como premisa de esas posibilidades antagónicas. Tal contraste es el que marca (algo emblemáticamente) el vuelco del siglo: al adocenado espíritu ochocentista -cristalizado en las “ilusiones del progreso”- se opone el impetuoso “misticismo” que trae el Novecientos y, más específicamente, la postguerra. Este es el corte que Mariátegui designa como el de *dos concepciones de la vida*: una de ellas se arrastra desde el siglo anterior y se extiende hasta la Guerra Mundial; la otra, postbélica, caracteriza al presente. Es esta última, como modernidad típica de la “nueva humanidad”, la que contiene dos potenciales desarrollos encerrados en una idéntica matriz.

Así, la bergsoniana “nueva intuición de la vida” se expresa antitéticamente en un romanticismo bifronte que desgarrar la trama histórica. Por un lado, busca reconvertirla al Medioevo; por otro, recrearla en la Utopía. Reacción y revolución conviven en el seno del presente, y Mariátegui cree encontrar en el dispar empeño de fascistas y bolcheviques un idéntico rasgo de la militancia política moderna: la nietzscheana decisión de “vivir peligrosamente” (como opuesta al ideal premoderno, evolucionista, de “vivir dulcemente” -AM: 15, 17). Por tanto, sólo quienes prolongan las tensiones bélicas -convirtiendo a la postguerra en otra guerra-, para conservar violentamente el orden o para subvertirlo violentamente, están en sintonía con el *pathos* romántico de la época. Contra el espíritu apacible y mesurado de la burguesía liberal o del socialismo parlamentario, tanto el fascismo reaccionario como el comunismo revolucionario poseen una “fe combativa”, un “mito” movilizador.

Propio de este encuadre mariateguiano es el subsumir las orientaciones políticas y sociales en el marco general del “espíritu” o “impulso” de la modernidad. Así, las tradicionales filiaciones políticas de tendencia resultan sólo especificaciones de un *élan* epocal, la aplicación o el encauzamiento de las “energías románticas del hombre occidental”, pues la heroicidad se encarna en un “quijotismo de derecha y de izquierda” (AM: 15-16; también el bergsonismo está parejamente distribuido: HC 199). Es en este contexto de unificación intuicionista de las fuerzas vitales que tiran en direcciones opuestas donde se inscribe la fórmula mussoliniana que evoca Mariátegui para caracterizar el empeño revolucionario, con-

tradictorio por su contenido social, pero idéntico por el temple anímico que empuja a su realización: el “vivir peligrosamente” corresponde, para él, a la perentoria necesidad de “una fe y un mito” combativos (AM: 17-18).

A través de este prisma peculiar, temas y figuras del marxismo aparecerán singularmente refractados. La fórmula paródica en la que Marx condensaba su rechazo de la especulación (pseudo-dialectizante) proudhoniana: “misericordia de la filosofía”, se convierte, bajo la pluma de Mariátegui, en una imputación de incapacidad para comprender “la fe y el mito de los nuevos tiempos” (AM: 23). La percepción marxiana de las contradicciones que incubaba, a largo plazo, el modo de producción burgués es volcada al módulo spengleriano como predicción de la “ineluctable y fatal decadencia” de la sociedad capitalista (EC: 117). El mismo Spengler es invocado para reforzar una característica aserción de Lenin, ya que éste y aquél comparten una visión agónica del imperialismo, que en uno es económico y, en el otro, cultural (EC: 83; DM: 158).

III

¿Cuál sería, entonces, el “verdadero moderno marxismo” al que se refiere Mariátegui en su último año de vida? Es en la discusión con Henri de Man donde se puede descubrir el dispositivo anexionista con el que el autor de la “Defensa” del marxismo buscó vincular a éste con las corrientes más dinámicas de lo que llama, genéricamente, “la filosofía moderna”. Previsiblemente, es George Sorel quien desempeña la función de aglutinador de las innovaciones que incorporaría el marxismo contemporáneo. En términos generales, se le acredita el haber repetido, con la filosofía de Bergson, el mismo gesto “ilustrador” (enriquecedor) del socialismo que habría realizado Marx medio siglo antes a partir de la filosofía de Hegel, Fichte y Feuerbach. Más específicamente, la teoría soreliana de los mitos (que asimila las perspectivas de William James y Vilfredo Pareto) aparece como ejemplo notorio de una significativa síntesis en virtud de la cual el movimiento intelectual marxista supo aprovechar las contribuciones del vitalismo, del activismo, del pragmatismo y del relativismo de este siglo (DM: 43-44).

Una apreciación ecuánime, sin embargo, obligaría a indicar que esta recapitulación que Mariátegui presenta a los lectores de “Amauta” en la misma época de los *Siete ensayos* no hace entera justicia a la nueva fase de su pensamiento, que tiene en esta última obra (así como en otros trabajos coetáneos) su mejor expresión. Resumamos con brevedad -es decir: esquemáticamente- los dos módulos del pensamiento marxista de Mariátegui. En el primero, encontramos, en sorprendente inmediatez con una perspectiva política de clase, una serie de tópicos provenientes del caudal idealista: vitalismo, espiritualismo, intuicionismo, voluntarismo, etc. No es preciso remarcar el papel determinante de Sorel como centro de condensación de esas corrientes; sí hay que decir que otra franja más difusa de las preferencias de Mariátegui -Piero Gobetti, Romain Rolland, Waldo Frank, Unamuno, etc.- es inasimilable a la clave soreliana. De hecho, la real modernidad que interesa a Mariátegui es extraña al mundo de Sorel, quien, no obstante, aparece frecuentemente en sus escritos como totalizador potencial (o como “profeta”) de las coordenadas de la nueva época.

Contrastando con ese período formativo, la fase de los *Siete ensayos* muestra a Mariátegui sólidamente afirmado en el terreno histórico de la formación económico-social peruana y realizando su esfuerzo más creativo y perdurable para desentrañar la lógica de las categorías económicas centrales, con sus prolongaciones políticas e ideológicas. Es en este período cuando desecha explícitamente a Spengler y a Nietzsche, llama la atención sobre el peligro de la intrusión biológica en el pensamiento social y reclama principios teóricos

asentados en el materialismo histórico (DM: 25, 102, 104, 108; no es posible desarrollar aquí los complejos problemas semánticos que plantean las referencias al “materialismo” en los textos de Mariátegui). Y, al mismo tiempo, realza la ciencia moderna: la física de Einstein, la psicología de Freud, como áreas que no puede ignorar un marxismo renovado. Pero, al lado de éstas, otras puntualizaciones denuncian las consignas del perimido modernismo insurgente: “vanguardia”, “nueva sensibilidad”, “nueva generación”, etc., son descartadas como fórmulas envejecidas; sólo conservan el valor histórico de haber servido en su momento como indicadores “contingentes de topografía y orientación” (IP: 247).

Cabría preguntarse por la suerte de las nociones sorelianas en este último tramo del pensamiento de Mariátegui, cuando los apremios ideológicos y políticos de su actividad como dirigente partidario lo impulsan a enfatizar la filiación “marxista-leninista” de su empeño. De hecho, si la althusseriana *coupure* supone el desplazamiento radical de las nociones de una problemática superada, no hay *coupure* en este plano de la reflexión mariateguiana. A la crítica de la estrategia y principios del sindicalismo revolucionario le sobreviven algunas de sus consignas incandescentes, aún a riesgo de yuxtaposiciones antinómicas, como en el reclamo: “la esperanza de un partido, el mito de una revolución” (DM: 119). Mariátegui nunca abandonó su arraigada concepción inicial de las estaciones del pensamiento revolucionario: “Marx, Sorel, Lenin, he ahí los hombres que hacen la historia” (IP: 250) proclama contemporáneamente a la redacción del programa del Partido Socialista del Perú, un texto que nada debe a la inspiración del ideólogo francés.

No obstante, lo que se debe ver en estas finales reivindicaciones de Sorel es menos el estímulo (ya asimilado) de un “*pathos* revolucionario” (DM: 23) que la mediación polarizadora de aquellas contribuciones que Mariátegui identifica con la filosofía moderna. Para el socialista peruano, se trataba de rescatar lo “esencial y sustantivo” de Marx, liberándolo de las “bases racionalistas y positivistas” de sus herederos socialdemócratas (DM: 20-21). Y es esa función liberadora la que, en la perspectiva de Mariátegui, desempeña Sorel, mediante el cual -piensa- el marxismo asimila las adquisiciones sustanciales de “las corrientes filosóficas posteriores a Marx” (DM: 21). Bergson, James y otros proveerían así, al marxismo, en la *síntesis* de Sorel, el necesario fundamento de “realismo psicológico y sociológico” que requiere la inserción de Marx en la “nueva realidad intelectual y orgánica” (DM: 21) de este siglo.

IV

En los años de la primera postguerra, otros intelectuales revolucionarios experimentaron la atracción de las ideas sorelianas antes de elaborar un pensamiento marxista propio que marginara a esa influencia: los casos de Georg Lukács y Antonio Gramsci son muy notorios. Mariátegui, en cambio, conservó un lugar para el nombre y las ideas de Sorel en el interior de una reflexión estratégica que tendía objetivamente a su neutralización. Era consciente de la ambivalencia del legado, pero insistió en servirse de él porque le adjudicaba virtudes específicas (algunas, puramente imaginarias, como el supuesto sorelismo de Lenin). La permanencia de los escritos mariateguianos, sin embargo, no se ve comprometida por tal adhesión: ella reside en la seriedad y consistencia de su espíritu crítico, en la original penetración de una realidad nacional inasimilable (en su tiempo, y después) a esquemas universalistas infructíferos; en el modelo de una prosa persuasiva cuyos nexos dialécticos no se ven estorbados por apriorismos parasitarios o generalizaciones segadoras de lo real concreto. Porque, en efecto, es imposible subestimar el lugar de excepción que ocupa Mariátegui en la literatura teórica marxista, en virtud de la conjunción difícilmente repetible

de rasgos singulares que se da en él; es decir, de la armónica articulación de rigor reflexivo, expresividad poética, convicción política y análisis subjetivo. Después de décadas en que la mayoría de los textos marxistas podían barajarse entre sí (una vez desglosadas las orientaciones de tendencia) y entreverarse sin riesgo sus borrosos productores (seguros de reencontrar, en cada caso, las secuencias uniformes de un discurso “stalinista”, “trotskista”, “socialdemócrata”, etc.), he aquí un escritor militante empeñado en una lucha para la cual la función dialéctica del lenguaje no es menos importante o primaria que la inserción práctica en el combate de clase; o mejor: en el que la expansión del lenguaje que expresa el sentido de la lucha es un momento interno de la práctica, su control y su residuo activo. Pero no sólo eso: al desplegar un pensamiento en la materialidad de un campo lingüístico ya percutado por ortodoxias autosuficientes, la prosa de Mariátegui libra otro combate anterior al combate: se empeña en extraer de un suelo originario las articulaciones de un discurso *posible*, efectuando un rodeo que esquiva las operaciones del falso reconocimiento y ofreciendo, ilesa y elocuente, la realidad apuntada. Todo lo cual, a su vez, no puede tener siquiera un comienzo de realización sin la exposición personal, en primer plano, del sujeto del lenguaje: doble combate previo, en verdad, que Mariátegui entabla para darse el derecho de proferir un discurso situado. Un escritor revolucionario no oculta su pasión (parece decirnos) y es ella la que lo establece *también* en el lenguaje. Pero el “meter toda mi sangre en mis ideas” (SE: 11) que Mariátegui admite como único mérito suyo es un reclamo frugal que, librado a sí mismo, no alcanzaría su objetivo: transformar la conciencia y movilizar las energías combativas en un mismo movimiento apto para reconocerse en la modificación de sí y en la huella objetiva de una resistencia vencida. El “optimismo de la voluntad” debe atravesar capas inertes y significaciones letárgicas: imposible soslayar el momento de la conquista discursiva de un núcleo racional que otorgue a la singularidad la “concreción” opacada o ausente. Recomposición teórica, pues, que se desdobra en la efusión de una prosa persuasiva, única en su utilización de recursos poéticos y de nexos dialécticos no estorbados por apriorismos autoconsistentes o generalizaciones letales para una captación de lo concreto. Perteneciendo, como Gramsci (paralelismo que retornará en muchos aspectos), a culturas que hacen del verbo un culto narcisista y de la grandilocuencia un sustituto de la precisión conceptual, Mariátegui -como Gramsci- trabajará una forma de comunicación reflexiva y discreta en su acercamiento al lector, invitándolo a recorrer por su cuenta los registros y las resonancias que el desenvolverse del pensamiento va situando en su marcha hacia la síntesis. La explicación nunca es en Mariátegui el *Deus ex machina* yuxtapuesto a un desarrollo empirista, ni el simulacro dialéctico que absorbe las particularidades, ni la universalidad vacía que migra con facilidad de una formación social a otra sin huellas de fatiga en su trayecto. Mariátegui, simplemente *escribe*, es decir ejecuta la ardua operación insustituible (aunque frecuentemente sustituida) de trabajar una materia resistente y modular sus posibilidades variadamente distribuidas para entregar una forma inteligible y pregnante que se pliegue a los requerimientos de la razón y del “alma” del lector. Nadie como él se ha preocupado por integrar la apelación “espiritual” (es uno de sus términos favoritos) en el contexto de una trama analítica y cristalina; nadie ha volcado más su sensibilidad para suscitar consonancias y sostener, sin desfallecimientos, los nexos “morales” que vuelcan al impulso revolucionario no sólo hacia fuera, a la lucha de clase, sino hacia adentro, al reconocimiento asociativo de la clase. Y esta predisposición, natural en él, a bifurcarse para abarcar los dos términos del empeño revolucionario que una disyunción malograría, la veía también en los grandes modelos: de Lenin decía, por ejemplo (ante un auditorio proletario), que “se dedicó no sólo al estudio de las teorías sino, *principalmente*, al estudio directo de los problemas y *del alma* del obrero” (HC: 168; subr. mío).

Leer a Mariátegui es, pues, entre otras cosas, recuperar una presencia, una voz que el texto no deprime y más bien recompone con todos sus acentos y sus fulgores: una prosa socialista y personal, combinación difícilmente reiterada que evoca a Paul Nizan, por ejemplo, en la espontaneidad de la fusión de marxismo e iconoclastia, pero que a diferencia de Nizan, también, sabe moderar el encono de una sensibilidad ultrajada y evita reconfortar la voluntad revolucionaria con la aniquilación imperativa de la cultura enemiga. Mariátegui explora el pensamiento del adversario o del neutral sin ceder a la diatriba urgente, a la perentoria reducción del individuo al género, del burgués singular al universal de clase (y también en esto recuerda a Gramsci). Aunque el espíritu de la época se bifurcaba, para él, en “dos concepciones de la vida”, sabía captar los elementos irreductibles, el espesor de tradiciones agónicas, la dispersión centrífuga del pensamiento contemporáneo.

La lectura de Mariátegui, así, tiene un inmediato efecto de descentramiento: cuanto más recorremos los textos y nos dejamos ganar por sus resonancias múltiples e “históricas”, más adivinamos las dificultades de retrotraer esa escritura a los paradigmas reconocidos del discurso marxista, paradigmas desertados o difuminados en un horizonte desplazado, no reclamados ni aludidos por esta prosa orgullosa y exploratoria. Habitados a la fijación de un status de la lectura (pues resulta cómodo y facilitador premiar nuestro esfuerzo con el reconocimiento, no demasiado diferido, de la matriz “leninista” o “socialdemócrata”, “historicista” o “cientificista”, “dialéctica” o “determinista” de un marxismo que comprobamos proteico en virtud de sus simetrías), esta lectura nos conmina a otro tipo de descentramiento, a una recepción menos inducida por la memoria del canon y más alerta a sus márgenes apenas frecuentados. En definitiva, no es preciso suscribir la apuesta filosófica de Mariátegui (y, en particular, su recuperación del “mito” soreliano), para admirar sin reservas su orgullosa búsqueda de un lenguaje propio, de un discurso excéntrico, constituyente, que hoy se lee menos como un documento de época que como una lección de imaginación teórica, la prueba de que es posible eludir el resignado mimetismo con una tradición imperativa.

OBRAS DE MARIÁTEGUI CITADAS (de las *Obras Completas*: Amauta, Lima)

AM: *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*, 4ª.ed., 1970.

DM: *Defensa del marxismo. Polémica revolucionaria*, 7ª.ed., 1976.

EC: *La escena contemporánea*, 6ª.ed., 1975.

HC: *Historia de la crisis mundial*, 4ª.ed., 1973

IP: *Ideología y política*, 7ª.ed., 1975.

SE: *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, 20ª.ed., 1972.